

Resonancias del terruño.Por Ramón M. Quesada.

Ultimos días de Cartago

I

Desde hace más de cinco lustros que vengo de tarde en tarde emborronando cuartillas, que andan por ahí en diarios y revistas, con pretensiones literarias unas, y con visos de información las otras, para esparcimiento de mis aficiones íntimas, aquéllas, para cumplir con un deber de ciudadano, éstas. Bien ó mal, pero al servicio de una idea que he creído útil para lo porvenir, sin desdeñar los beneficios de lo presente, por algún tiempo di trabajo á la prensa, como corresponsal ó cronista gratuito, pero nunca para relatar chismes de vecindad ni para maltratar reputaciones, sino para gozar con los triunfos de mi suelo, para llorar con sus tristezas, para ofender mi homenaje al mérito real y positivo, para rectificar apreciaciones injustas, para describir añejas costumbres y tradiciones ó algún rincón apartado lleno de poesía, para combatir prejuicios disociadores, y atraerle, en cuanto fuese posible, una corriente no interrumpida de simpatía á la ciudad progenitora de la familia costarricense.

A ratos perdidos he esbozado esa labor, con verdadero placer, y hasta cierto punto, pagado del éxito de mi barata y desinteresada propaganda. Pero hoy, que trato de hilvanar siquiera mis personales impresiones acerca de la espantosa catástrofe que ha enlutado nuestro tricolor pabellón, me siento perplejo y no acierto á dar forma al tropel de lúgubres escenas, que sin cesar desfilan por mi mente, como en un cinematógrafo dantesco y desordenado, como en una visión de dolor, cuyos perfiles no se esfuman ni con la realidad ni con el tiempo.

Efectivamente, no ha presenciado jamás Costa Rica una desgracia semejante á la que arruinó totalmente á Cartago y á sus florecientes alrededores, hacia el anochecer del funesto 4 de mayo del corriente año.

Da tristeza pensar que al esfuerzo humano, perseverante y meditado, se oponga la fuerza bruta de los elementos, que en un instante aniquila todos los empujes de la actividad y desconcierta á los sabios

más sagaces y previsores. Contrista en verdad el ánimo del más indiferente, considerar que una ciudad histórica, cuna de la República y rueda importante del engranaje económico, social é intelectual, tenga que estar siempre en abierta lucha con enemigos invencibles, pero que no por asoladores y arteros han logrado aún dominar las energías de aquel primitivo asiento del colonaje español.

Erupciones volcánicas, quizá desde tiempos inmemoriales, terremotos, inundaciones, epidemias diezmatantes, opresiones políticas, todo lo ha soportado la antigua metrópoli, á intervalos relativamente cortos, y á veces en situaciones de la más angustiosa penuria. Por estos motivos muchos de sus hijos se han desbandado por todo el país desde mediados del siglo pasado, pero ha quedado allí siempre un núcleo vigoroso y pudiente, convencido de que el peligro se corre también en otros lugares, si no por las conmociones extraordinarias de la naturaleza, por otros fenómenos más ó menos ostensibles, que matan la iniciativa y el carácter, desamorizan del hogar y relajan el espíritu de independencia.

La azotada provincia ha tenido, pues, que rehacerse de sus descabros varias veces, y de aquí nace ese ambiente de laboriosidad que allí se nota hasta entre los últimos campesinos, y ese vínculo de confraternidad que los ha hecho verdaderamente hermanos en los días de bonanza como en las épocas de prueba.

Es un caso digno de atención, que después de cada desgracia, la ciudad de los íberos gobernadores se ha levantado más orgullosa que antes, sin que su contingente en el acervo nacional haya sido inferior al de sus otras hermanas, más favorecidas por la suerte. Después del terremoto de 1841, que arruinó, con pocas pérdidas de vidas, una ciudad pobre, de calles irregulares, sucias y estrechas, y con un emplazamiento reducido, vino la nueva ciudad de calles amplias y rectas y con todas las facilidades para el ensanche de la higiene, de la comodidad y del ornato.

La agricultura centuplicó su radio de acción, y con la apertura del ferrocarril al Atlántico tuvo nuevos mercados que inundar con sus granos y legumbres; las pequeñas industrias vivían con desahogo; el comercio, animoso y floreciente, proveyó á la ciudad y sus barrios de todo lo necesario para la subsistencia y el confort; la instrucción pública tuvo su templo en el renombrado Colegio de San Luis, que tantos hombres notables ha formado, y se difundió en otros palacios destinados á la enseñanza primaria; los distritos circunvecinos invertían sus reservas en cañerías, caminos, escuelas y mejoras de provecho; la beneficencia contaba con magníficos asilos para huérfanos y enfermos, unos ya terminados, y los otros en construcción; el fervor religioso de todo el país levantó en 1849 la nueva portada de la Basílica de Los Angeles, el más visitado santuario de la República; además de suntuosas iglesias y modestas ermitas, el culto iba á tener, no muy tardado, un nuevo monumento grandioso, sin rival en esta codiciada sección del itsmo, con la secular Parroquia de Santiago; la administración local erigió su palacio sobre los viejos muros de la antigua Sala Capitular, su cárcel de fuertes murallas, y su cuartel, sólida y elegante fortaleza de piedra; las empresas nacionales y extranjeras tendieron redes de alambres para telégrafos, teléfonos y alumbrado eléctrico, aprovecharon como fuerza motriz las abundantes aguas que se desparramaban por el valle, construyeron espaciosos mercados, un higiénico matadero, estaciones de ferrocarril, hoteles y casas de alquiler; la ingeniería no estuvo ociosa, antes bien, atareada, haciendo acueductos para la excelente agua potable de Arriaz, mejorando caminos, dirigiendo puentes, macadamizando calles, trazando jardines públicos y saneando por completo la ciudad con un valioso alcantarillado, que lleva lejos del límite urbano y purifica en grandes estanques las aguas inmundas de la población; la Junta de Caridad embelleció y ensanchó el cementerio, convirtiendo aquel seno de la muerte en un lugar casi pintoresco y frecuentemente visitado; las edificaciones particulares se extendieron en todas direcciones, apartándose muchas de ellas de la tradicional rutina, pero desgraciadamente sin las precauciones necesarias en un suelo blando, frecuentemente estremecido por los temblores; el

oro de la filantropía de Andrés Carnegie, estaba coronando con soberbias estatuas de mármol, el severo Palacio de la Paz, destinado al uso exclusivo de la Corte de Justicia Centroamericana; una buena biblioteca, un modesto salón-teatro y un concurrido centro social, ofrecían campo á la investigación ó al esparcimiento de la juventud en sus horas de descanso; multitud de familias extranjeras y constante inmigración de trabajadores del Canal de Panamá, atraídos por la benignidad del clima y por las inmejorables condiciones sanitarias, regocijaban con su charla expresiva las casas de huéspedes, los jardines y los paseos públicos, cuando no excitaban la curiosidad de los labriegos con cabalgatas en que las señoras ponían de relieve su despreocupación yankee como amazonas; las comunidades religiosas de Capuchinos, Salesianos, Belemitas y Hermanas de Caridad, no hostilizadas en manera alguna, se entregaban al cumplimiento de su misión dentro de sus respectivos asilos; una vida comunicativa y alegre, una corriente de simpatía social reemplazó al tradicional retraimiento, y por todas partes se notaba tal despertar de anhelos y de valiosos empeños, que pocos años más habrían bastado para hacer de Cartago con sus risueños y caprichosos paisajes una ciudad cosmopolita, con sobrados elementos de vida propia.

Desde 1887 y 88, en que hubo extraordinaria animación y movimiento debido á los trabajos emprendidos del ferrocarril al Atlántico, baños termales de Bella Vista, Hospicio de huérfanos, Hospital, Mercado, tranvía, matadero y alumbrado eléctrico, Cartago no había vuelto á presentar mayor actividad que la que había desplegado en estos últimos años.

Tal era, á grandes rasgos, el aspecto que presentaba, ya rejuvenecida, la vieja ciudad de Vázquez de Coronado, cuando la última primavera comenzaba á perfumarla con las esencias de los lejanos bosques y huertos y de los jardines vecinos.

EL PLANO DE CARTAGO

En el número próximo se publicará un fotograbado del Plano de Cartago anterior al terremoto, trabajo también del Profesor señor Quesada, autor de estas *Resonancias*.

La agricultura centuplicó su radio de acción, y con la apertura del ferrocarril al Atlántico tuvo nuevos mercados que inundar con sus granos y legumbres; las pequeñas industrias vivían con desahogo; el comercio, animoso y floreciente, proveyó á la ciudad y sus barrios de todo lo necesario para la subsistencia y el confort; la instrucción pública tuvo su templo en el renombrado Colegio de San Luis, que tantos hombres notables ha formado, y se difundió en otros palacios destinados á la enseñanza primaria; los distritos circunvecinos invertían sus reservas en cañerías, caminos, escuelas y mejoras de provecho; la beneficencia contaba con magníficos asilos para huérfanos y enfermos, unos ya terminados, y los otros en construcción; el fervor religioso de todo el país levantó en 1849 la nueva portada de la Basílica de Los Angeles, el más visitado santuario de la República; además de suntuosas iglesias y modestas ermitas, el culto iba á tener, no muy tardado, un nuevo monumento grandioso, sin rival en esta codiciada sección del istmo, con la secular Parroquia de Santiago; la administración local erigió su palacio sobre los viejos muros de la antigua Sala Capitular, su cárcel de fuertes murallas, y su cuartel, sólida y elegante fortaleza de piedra; las empresas nacionales y extranjeras tendieron redes de alambres para telégrafos, teléfonos y alumbrado eléctrico, aprovecharon como fuerza motriz las abundantes aguas que se desparramaban por el valle, construyeron espaciosos mercados, un higiénico matadero, estaciones de ferrocarril, hoteles y casas de alquiler; la ingeniería no estuvo ociosa, antes bien, atareada, haciendo acueductos para la excelente agua potable de Arriaz, mejorando caminos, dirigiendo puentes, macadamizando calles, trazando jardines públicos y saneando por completo la ciudad con un valioso alcantarillado, que lleva lejos del límite urbano y purifica en grandes estanques las aguas inmundas de la población; la Junta de Caridad embelleció y ensanchó el cementerio, convirtiendo aquel seno de la muerte en un lugar casi pintoresco y frecuentemente visitado; las edificaciones particulares se extendieron en todas direcciones, apartándose muchas de ellas de la tradicional rutina, pero desgraciadamente sin las precauciones necesarias en un suelo blando, frecuentemente estremecido por los temblores; el

oro de la filantropía de Andrés Carnegie, estaba coronando con soberbias estatuas de mármol, el severo Palacio de la Paz, destinado al uso exclusivo de la Corte de Justicia Centroamericana; una buena biblioteca, un modesto salón-teatro y un concurrido centro social, ofrecían campo á la investigación ó al esparcimiento de la juventud en sus horas de descanso; multitud de familias extranjeras y constante inmigración de trabajadores del Canal de Panamá, atraídos por la benignidad del clima y por las inmejorables condiciones sanitarias, regocijaban con su charla expresiva las casas de huéspedes, los jardines y los paseos públicos, cuando no excitaban la curiosidad de los labriegos con cabalgatas en que las señoras ponían de relieve su despreocupación yankee como amazonas; las comunidades religiosas de Capuchinos, Salesianos, Belemitas y Hermanas de Caridad, no hostilizadas en manera alguna, se entregaban al cumplimiento de su misión dentro de sus respectivos asilos; una vida comunicativa y alegre, una corriente de simpatía social reemplazó al tradicional retraimiento, y por todas partes se notaba tal despertar de anhelos y de valiosos empeños, que pocos años más habrían bastado para hacer de Cartago con sus risueños y caprichosos paisajes una ciudad cosmopolita, con sobrados elementos de vida propia.

Desde 1887 y 88, en que hubo extraordinaria animación y movimiento debido á los trabajos emprendidos del ferrocarril al Atlántico, baños termales de Bella Vista, Hospicio de huérfanos, Hospital, Mercado, tranvía, matadero y alumbrado eléctrico, Cartago no había vuelto á presentar mayor actividad que la que había desplegado en estos últimos años.

Tal era, á grandes rasgos, el aspecto que presentaba, ya rejuvenecida, la vieja ciudad de Vázquez de Coronado, cuando la última primavera comenzaba á perfumarla con las esencias de los lejanos bosques y huertos y de los jardines vecinos.

EL PLANO DE CARTAGO

En el número próximo se publicará un fotograbado del Plano de Cartago anterior al terremoto, trabajo también del Profesor señor Quesada, autor de estas *Resonancias*.